

LA PESADILLA PROFÉTICA DE CARRERO BLANCO “Un sueño”

Anoche tuve un extraño sueño que me impresionó profundamente.

Me vi primero formando parte de una multitud que ascendía por una gran avenida, de regreso del recibimiento de un Rey.

En el aire había un rumor continuo de aclamaciones, pero sobre este acompañamiento inconcreto se oían constantemente gritos de “¡Amnistía, amnistía, amnistía!”, y otros tajantes como cañonazos, de “¡Arriba España!”. Algunas veces creía escuchar “¡Libertad de prensa!”, “¡Viva España democrática!” y algún “¡Viva Rusia!”.

Un magnífico coche diplomático, con una extraña bandera sobre el “capot” se abría camino entre la multitud. Dentro el rey. Un hombre rubio, con deslumbrante uniforme, miraba sin ver, sonriendo entre amable y despectivo.

Por una calle avanzaba una muchedumbre de desarrapados, flotando sobre ella banderas rojas y puños en alto. En la esquina una iglesia empezaba a arder, mientras unos energúmenos amontonaban entre blasfemias, en medio del arroyo para formar una pira, ornamentos e imágenes sagradas.

Sentí una vergüenza indescriptible y un deseo ardiente de desaparecer; de que aquella turba de incendiarios de templos me triturase para merecer alguna simpatía de la legión de nuestros Caídos, que desde el cielo presenciaba el terrible espectáculo.

Sin saber cómo arremetí contra el hombrecillo que dirigía el incendio, y al estar cerca de él pude distinguir lo que representaba la brillante insignia de su solapa. Eran una escuadra y un compás. Luchamos, y le cogí por el cuello. Jamás he intentado, naturalmente, estrangular a una culebra, pero creo que en mi sueño he experimentado esa sensación. Mis dedos se agarrotaron sobre un cuello frío y viscoso que cedía a la presión, sin conseguir apagar aquella maldita risa: “Ji, ji, ji... Comprendía que mis fuerzas se iban a agotar sin acabar con aquel bicho, y quise ponerle una rodilla sobre el pecho. Caímos al suelo y nuestras caras casi se tocaron, y **entonces con su voz cascada musitó en mi oído: “¡Idiotas! Otra vez os engañamos, y ahora para siempre. España ya no tiene salvación. Ji, ji, ji...”**”.

Me desperté bañado en sudor, con el corazón angustiado, y no creo que pueda experimentar sensación de alivio más incomparablemente deliciosa como la que sentí al darme cuenta de que [todo había sido un sueño](#)".